

Oscar Alborta Velasco



Oscar Alborta Velasco. Oruro 1911. Agrónomo. Escritor ensayista. En 1953, publicó "En la ruta de Ñuflo Cháves" (Premio Simón I. Patiño a la Cultura 1952. Otros escritos: "Aventuras de Bigote e trinche, el caudillo de mi pueblo", varias monografías y crónicas de viaje; publicaciones en periódicos y revistas: "El romance del Coto Colorado", "Noche Chiriguana", Romance de la Niña del Estrado", y otras.

Moxos, la desconocida

(Fragmento)

Oscar Alborta Velasco

Estudiando las lenguas de las numerosas naciones que habitan tan inmensos territorios, pueden reducirse a ocho: canichanas, movimas, cayubabas, iténez, paraguaras, chapacuras, maropas y por último, sirionós. Los moxos constituían la nación principal y predominante y así, aún los baures considerados como una nación distinta, pertenecían a esta raza. Físicamente muy robustos y de hábitos muy sanos, son ganaderos en su mayor parte y como consecuencia, de raza muy fuerte. De fisonomía abierta y llena de dulzura, su sociabilidad llama la atención a todo extraño. Como ganaderos son centauros magníficos y laceadores notables tal como los gauchos del sur y llaneros del norte. Navegantes habilísimos, no en vano una vieja leyenda los supone hijos de las aguas, y es por ello que tienen tanto apego a sus bellos ríos. Domadores de potros, laceadores de tigres, violadores de la selva, domeñadores de espantables y tronitosas cachuelas en débiles canoas, y balsas inseguras, son los hombres benianos, verdaderos hombres en su más hondo sentido primigenio.

En su lujuriente tierra natal, donde lo muy bello parece para cruel tributo a Madre Natura, con lo efímero de su vida: flores tenues y delicadas, frágiles mariposas de encaje; mujeres bañadas de luna y estilizadas como orquídeas, en esta tierra "cementerio enorme que se pudre y resucita", la muerte acecha al incauto, y la imaginación del andino, puéblase entonces de terrores. Así nació "La Vorágine", de aquél serrano oriundo de las alturas de Vepa en los Andes colombianos, aquel José Eustasio Rivera; y nació así, "Canaima", del maestro y artista que dirigió los destinos de la Patria ilustre del Libertador. En nuestra Patria, la jungla misteriosa y temida, también supo inspirar bellos cuentos como "Mamoré", del atormentado Porfirio Díaz Machicao, y visiones de pesadilla y delirio de magníficos poetas como Gregorio Reynolds, nacido en el tibio regazo de las charcas señorial y serrana:

"La fauna que devora o que envenena
deja trágica nota en el paisaje
zarpas, colmillos, flechas y ventosas
listos están para el ataque.

Tres son los motivos de la gran sinfonía que entonan los poetas a esta tierra estupenda: los ríos, el hombre y el tigre.

¡Los ríos. . . ! Difícil es imaginar la inigualable belleza

de los ríos benianos. ¡Solamente ojos americanos pueden imaginar su majestuosidad y grandeza. . . ! Anchura de centenares de metros; jubilosas alboradas de bello color turquesa alegradas con el estrepitoso vuelo de parabas multicolores, chillidos de gaviotas blancas, aleteos de manguaris, bullanguerío de monos y manechis; salvaje belleza del paisaje florido de tajibos; altos cielos combos deslumbrantes de sol en los amaneceres limpios, noches de luna de sortilegio, y todo "en vastos silencios para inmensos rumores de pueblos futuros".

Cantó Bustamante al anchuroso Mamoré:

"Tú que en regiones ignoradas giras
serpiente nacarada, bajo el cielo
palio de lumbre, por do tiende el vuelo
la garza colosal. . ."

Empero, es el hombre el dominador, el amo de tan difícil tierra, y bien merece los cantos de los poetas. Dice Raúl Otero Reiche, el gran poeta oriental:

"Hombre, agua
tromba, vórtice, cahuela
domador de la sonora "sicuri" del Amazonas
que estrangula entre sus vértebras
al jaguar azul del mar

Nadadores admirables, juéganse desde niños con el caimán, sabio y traidor, en emocionante juego de muerte, y hombres, pasan a nado, anchurosos ríos. Es realmente impresionante ver el paso de un río de los troperos que llevan su ganado rumbo a los lejanos gomales próximos a la frontera. Desmontan y desnúdanse presurosos e impávidos, y luego de aparejar sus cabalgaduras y acomodar sillas y el reducido equipaje en pequeñas canoas entregadas a lugareños, búscanse un palo liviano, que les servirá para cumplir su hazaña. Arrean luego con gritos al ganado y la caballada hacia el quieto río que brilla al sol de la tarde, y cuéstales mucho el hacerlos sumergir en el agua. Asustados los bovinos, vuélvense repetidas veces, pero al fin, vence otra vez la tenacidad del hombre, que ya los tiene nadando rumbo a la lejana orilla de la otra banda del río. Mientras tanto los hombres, semejan débiles muñequillos en medio del gran río y apenas bracean con un brazo, sosteniendo con el otro el liviano troncuero. Emociona el valor de estos hombres, al pensar en los ocultos peligros que los acechan: el caimán de adormilados y sanguinolentos ojos y fino instinto de cazador; la palometa que descarna en vivo y dá horrible muerte en rápido temblor de aleteos.